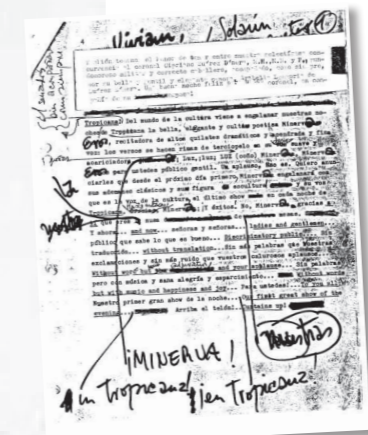


Portada



A la izquierda, el escritor Guillermo Cabrera Infante y su mujer, Miriam Gómez, fotografiados por Néstor Almendros. Sobre estas líneas, página manuscrita de su gran novela, «Tres tristes tigres», y una imagen de juventud del autor

Cabrera Infante se ríe del éxito

Cabrera Infante se desdobló en G. Caín para firmar sus críticas de cine. Ahora se recopilan por primera vez, junto con este texto inédito en el que reflexiona con ironía sobre el éxito

Por G. Cabrera Infante

UN PREFACIO EN LA QUINTA EDICIÓN

Esta nota, presuntuosa hasta el delirio, la encontré en «El cartucho», hundida en el olvido -¿o dejada a mi alcance?-. Parece que Caín la preparó pensando en un posible éxito de venta de su libro. Es de una vanidad tan enorme que sería risible, si no fuera patética.

Sé que debía haber hecho esto hace tiempo: desde el mes de [espacio en blanco], cuando *Un oficio del siglo XX* alcanzó su tercera edición de diez mil ejemplares a las tres semanas de estar en la calle la primera. No por este olvido, que fue el olvido de la pereza y no de la memoria, se me escapó la importancia que tiene para un autor (joven o viejo, es igual) que un libro suyo alcance tal atención. Todavía no me lo explico y ni siquiera la falsa modestia puede explicarlo. ¿Por qué *Un ofidio* [sic] es un libro con éxito? Ha habido numerosas -y por tanto simples- explicaciones, que me voy a permitir enumerar:

- 1) El libro tiene malas palabras
- 2) El libro contiene literatura erótica
- 3) El libro ha obtenido publicidad generosa
- 4) Es un libro de notas
- 5) La portada es llamativa
- 6) El título es eficaz
- 7) El tamaño es apropiado
- 8) El libro tiene un precio económico
- 9) El libro ha tenido suerte
- 10) El libro es un libro

Siete de estas diez explicaciones las he oído dondequiera, dos me las ha sugerido el momento, la última sirve para explicar por el absurdo lo inexplicable: ningún autor ha sabido jamás por qué se venden sus libros. Ha tenido, sí, oscuros presentimientos, vanas figuraciones, la sensación de poseer fórmulas intuitivas o científicas: nada de esto, sin embar-

go, explica el éxito -si es que esta palabra tiene algún significado todavía: Melville murió siendo un oscuro aduanero treinta años después de haber publicado *Moby Dick*. Stendhal fue leído, según su propia profecía hecha medio siglo atrás, «alrededor de 1890», Kafka murió en la tisis y en el olvido. Frente a estos «grandes nombres» hay una multitud de pequeños autores que fueron niños mimados del éxito en su tiempo: el olvido actual es inversamente proporcional al renombre que tuvieron en vida: el gran éxito de librería de Francia por el tiempo en que nació Henri Beyle fueron los veinte olvidados volúmenes de *El gran Ciró*, de Madeleine de Scudery; las novelistas *en vogue* de los tiempos del joven Melville no las puede nombrar hoy el recuerdo; Franz Werfel fue amigo íntimo de su tocayo Kafka. ¿Qué significa el éxito? Es un licor fragante, una ilusoria droga, el anhídrido carbónico en el fondo del mar: se puede subir a la cabeza y puede enviciar y puede matar por asfixia: Francois [sic] Sagan ve con dolor ella misma que cinco años después ya no significa nada.

Pero por otra parte, ¿por qué rechazar el éxito y el dinero como si quemasen? No puedo negar que me gustó que leyeran (y compraran, ¡por favor!) mi libro, este libro, y sé que que [sic] me obliga con ustedes: decía un amigo una vez: «Cuando un escritor tiene un público es hora de que comience a pensar en escribir para él» (todavía no sé si este amigo de las Paradojas, esas muchachas contradictorias, quería decir que el escritor *debia* escribir para el público que ahora tiene o para sí: dejó en manos de la anfibiología de la retórica esta duda metafísica). Pero quiero anunciarle que escribo para usted al tiempo que le digo, en confidencia: es por ti que escribo. ¿Qué más? Nada más, excepto darte las gracias y repetir las palabras del escritor de este siglo que más detestó escribir *sub specie eternitatis*. Habla, en verso, Bertolt Brecht:

Enseñar sin discípulos
Escribir sin fama
Es difícil...
Ahora, hasta luego y gracias, tú.

G. CAÍN

La Habana, [en blanco] de 19[en blanco]

Espectador exigente

Erudito, juicioso, divertido. Así es G. Caín, el crítico de cine que escondía Cabrera Infante. Sus artículos, cuya recopilación editará próximamente Galaxia Gutenberg / Círculo de Lectores, nos lo devuelven

Guillermo Cabrera Infante (Gibara, Cuba, 1929-Londres, 2005) tuvo pasión por un oficio surgido en el siglo XX, el cine, y lo vio desde una tentacular cultura que abarca la Historia de la humanidad: la literatura. Estuvo enamorado de un arte narrativo visual (fundamentalmente sonoro tras su infancia afásica).

Al leer al escritor cubano, descubrimos que todo es sonoridad y un tejido de significados. Aunque su literatura narrativa, artículos y crónicas diversas se apoyan -en gran

medida- en el habla cubana de una época, además de en sus gestos y mitos, Cabrera Infante subvierte lo popular, la corriente viva del habla, en un oído joyceano asistido por un Groucho Marx caribeño.

Ante todo, honestidad

El habla es lineal, pero muchos de los escritos del autor de *Tres tristes tigres* son un juego de reflejos que al avanzar se desdice; una escritura que se desprende a cada paso, pero solo para afirmarse en el acto mismo de reinventarse. Hablamos de una poética barroca no vista desde la tradición vanguardista, sino moderna.

Este volumen primero de las *Obras Completas* de Cabrera Infante reúne las críticas publicadas en *Un oficio del siglo XX* (1963), *El cine según G. Caín* (donde se halla una ingente producción no recogida en libro hasta hoy) y las secciones «Artículos, crónicas, reportajes y obituarios» y «Las entrevistas de *Carteles*». Los otros dos libros sobre cine, que se recopilarán en el segundo volumen, son *Arcadia todas las noches* (1978) y *Cine o sardina* (1979). Cualquier amante del cine y de la literatura encontrará en esta selva erudita, juiciosa y divertida uno de los valores que me parecen centrales



«Bus Stop»

«La verdadera parada está en Marilyn Monroe, una de las mujeres más turgentes de Hollywood, que también está a punto de afiliarse entre las más inteligentes»

en lo literario, la honestidad.

Muchas veces contó Cabrera Infante que cuando tenía solo veintinueve días lo llevó su madre a una función teatral. Función y fundación de un mito: el origen imposible de su pasión cinematográfica, que señala, sin embargo, una realidad ambiental indudable que desembocaría en su primera crónica de cine, publicada bajo el álter ego de G. Caín en 1953.

La realidad histórica: los gobiernos de Ramón Grau y Carlos Prío, la dictadura de Batista y la Revolución castrista, además de publicaciones emblemáticas en su biografía como *Lunes de revolución*, en compañía de Carlos Franqui y Virgilio Piñera, y las colaboraciones en *Carteles*. Posteriormente vino, en lo biográfico, el puente de plata de la embajada en Bruselas (1962) y su definitivo exilio en Londres.

«Obsoleta, petulante»

Para toda esta época primera -luego amplió sus admiraciones, aunque también sus desencantos-, el cine francés (con excepciones como Renoir, Clair, Truffaut), marcado por una lectura que se quería definitiva y algo solemne de las vanguardias, le pareció de bajo interés. Siempre exaltó el cine norteamericano como la verdadera arcadia, con alguna parcela en el cine italiano,

A CABRERA INFANTE NO LE FALTARON VIDA, MUERTE Y PASIÓN. TODO ELLO LO HALLÓ EN EL PARAÍSO DEL CINE

sueco, alemán, español (fundamentalmente, Buñuel como figura).

Sus preferidos entre los grandes, y no agoto la lista, fueron Chaplin, Fellini, Welles, Bresson, Bergman. Una de sus críticas negativas más curiosas fue la que hizo de *Casablanca* («obsoleta», «petulante», «casi ridícula y seguramente falsa»), aunque posteriormente se desdijo, aceptando la indudable realidad del mito.

¿Qué prefirió del arte cinematográfico? Sin ser exhaustivo, podemos mencionar a Buster Keaton, Welles, Stroheim, Tati, Bresson, Fritz Lang, Hitchcock, Huston, Hawks, Lubitsch, Minnelli, Nicholas Ray, Billy Wilder, Fellini, Kurosawa, John Ford... Es fácil estar de acuerdo. Si señaláramos las películas que destacó, habría que recordar *Ciudadano Kane*, *Vértigo*, *Melodías de Broadway*, *Rashomon*, *Centauros del desierto*, *Ser o no ser*, *El crepúsculo de los dioses*, *2001, una odisea del espacio*, *Sed de mal*, *El nacimiento de una nación*, *La quimera del oro*...

Estas preferencias dibujan a un espectador exigente que buscó la coherencia y la armonía en la combinación de todos los recursos cinematográficos empleados. Entre los españoles, además de Buñuel, admiró a Berlanga y al Barдем de *Muerte de un ciclista*.

El seudónimo y el perso-

JUAN MALPARTIDA

Apuntes de cine por G. Caín



«Las diabólicas»

«Es la ráfaga de aire helado que entra en una habitación cerrada y produce un escalofrío a lo largo de la espina dorsal. El cuarto es una sala de cine, y la carne de gallina pertenece al público»



«Los 400 golpes»

«Representa el cine del futuro -y no solamente en Francia. Con el tiempo se verá que es una película tan importante -y ¡por favor! no trato de establecer comparaciones- como «Roma, ciudad abierta», «El acorazado Potemkin» y «Ciudadano Kane»»

«Ana Karenina»

«Disecada versión de la magnífica novela de León Tolstói, en la que está ausente esa aura maravillosa que diferencia lo bueno de lo verdaderamente grande»



«La quimera del oro»

«La clave de Charles Chaplin. Quizá la más perfecta de sus cintas silentes. Conserva, treinta y dos años después, su comicidad intacta»



«Casablanca»

«El tiempo es como la banca en la ruleta, siempre gana, aun perdiendo gana. Y ha ganado contra «Casablanca». ¿Es esa cinta obsoleta, distante, casi ridícula y seguramente falsa la que uno recordaba con amor?»



«Casta de malditos»

«Una obra maestra. La apoteosis del cine de violencia. Kubrick no será un genio, un nuevo Orson Welles, como le han llamado, pero no hay duda de que es el talento más prometedor que tiene Hollywood hoy»



Orson Welles

«El creador más original, vigoroso y renovador del cine hablado norteamericano: a él se debe que existan John Huston, Elia Kazan, Nicholas Ray, Stanley Kubrick y Robert Aldrich»



Jean Renoir

«Uno de los grandes «bluffs» del cine. Su carrera colmada de elogios críticos necesita una revisión. [...] Jamás, si se revisa su carrera, se encontrará un film que merezca los elogios abrumadores que ha recibido siempre el menor de sus fracasos»



Max Ophüls

«Si algo no ha de discutirse al director de «Carta de una desconocida» es su derecho a manifestar su indudable preferencia por los temas, personajes y ambiente románticos: porque le pertenecen: porque nadie los maneja como él»

Luis Buñuel

««Nazarín» es su obra maestra. Se ha fajado por los palos con un clásico y ha logrado levantarse él mismo el brazo triunfador»

